



Don Juan de Escobar.

I.

Eran las doce del día del quince de Mayo de mil ochocientos trece, cuando aprovechando la escasa sombra que daba una de las aceras de la calle de Mesones de Puebla, caminaba por ella un anciano caballero con cuanta prisa era dable á su avanzada edad, entrada en sesenta y cinco años. Su traje, diverso del que ya se usaba generalmente en aquel tiempo, se componía de una enorme casaca, cuyos anchos faldones tocaban á la parte inferior de sus pantorrillas; de un largo chaleco de terciopelo azul con botones de concha; calzones cortos negros del mismo género; medias de

seda, zapatos con hebillas doradas de un tamaño extraordinario; una blanquísima peluca llena de polvo y un pequeño sombrero de tres picos atravesado sobre la cabeza. Llevaba, ya por necesidad, ya por autorizar su persona, un largo bastón de puño de oro, con que en otro tiempo ejerció cierto cargo público, de no poca importancia. Llamábase este buen señor, D. Rodrigo Díaz de Rosales, natural de las montañas de Santander; y había venido á México muchos años antes á ejercer el empleo de alcalde mayor, en una de las más pingües alcaldías en que se dividía entonces la que es hoy República. Rico, viudo y con una sola hija, vivía en la ciudad de los Angeles, haciendo un papel distinguido; pero la revolución política que destrozaba entonces la nación, le hizo recoger velas, y adoptar un modo de vida más obscuro que el que hasta entonces había llevado. Dejó una casa que ocupaba en la primera calle de Mercaderes, y tomó otra de menos apariencia en la plazuela de San Francisco. Cortó algunas relaciones, disminuyó su tren cuanto pudo, y así logró, que ya que no lo olvidasen del todo en las listas de contribuciones que se imponían con suma frecuencia para sostener la causa del Rey contra los insurgentes, se le asignasen cuotas moderadas, no obstante lo cual sentía que con cada una se le arrancaba el alma. En el estrecho y obscuro círculo de los amigos

que conservaba, se hacía notar por su extremado apego á los usos y costumbres antiguas, su ojeriza á todo lo nuevo, y por el odio mortal que profesaba á los insurgentes.

Ya hemos dicho que caminaba á su casa con extraña prisa. Llamábale á ella un negocio importante que debía tratar con un paisano suyo, mercader, como allí dicen, de ropa de la tierra, medianamente acomodado, y con quien D. Rodrigo guardaba estrechas relaciones amistosas y pecuniarias. Llegó, pues, á los umbrales de su casa acalorado y sudando, tocó dos y tres veces la puerta, subió una estrecha escalera que daba á los altos, y se entró en la sala principal.

Era ésta una pieza prolongada con dos pequeños balcones á la calle, resguardados del viento, no con vidrieras, sino con unos bastidores cubiertos de lienzo, lo que la hacía un poco obscura. En el ángulo mayor de su testera, á distancia de dos varas sobre el suelo, corría horizontalmente de uno y otro lado por un buen trecho, una cornisa vieja de madera dorada, de la cual bajaba una tela carmesí no muy nueva, que servía de fondo al estrado. Componíase éste de dos canapés y algunas sillas anchas y pesadas con cojines forrados de tripe, y una pequeña mesa rinconera, sobre la cual estaba una imagen de cera cubierta con un gran vaso de cristal. En lo alto de la pieza

se veían colgados varios cuadros de Santos, un retrato de un difunto, y un baldaquín de damasco con un crucifijo de marfil adornado de una cabellera postiza.

Sentábase en uno de los principales asientos una mujer como de cincuenta años de edad, pelo medio cano, recogido con tirantez á la parte posterior de la cabeza: frente estrecha, boca rasgada con los dientes fuertes y grandes, nariz chata, ojos negros pequeños y redondos. Un coletillo blanco ajustado á la caja del cuerpo, un pañuelo de Madrás al cuello, unas anchas y dilatadas enaguas de angaripola, una correa de la orden de San Juan de Dios á la cintura, y un lazo negro con una granada y una cruz de latón al pecho, formaban el completo aderezo de esta "ama de llaves," á cuyo celo y vigilancia había fiado D. Rodrigo el cuidado interior de su casa.

Nada habría aquí digno de llamar nuestra atención, si no se viera en otro de los asientos una hermosa doncella, cuyas formas delicadas contrastaban con las rígidas y varoniles facciones de la respetable matrona que acabamos de pintar. Su color tiraba un poco á trigueño; pero lo hacía resaltar el negro subido de su rizada y profusa cabellera. Sus delgadas cejas un poco unidas, sus largas pestañas y sus ojos lánguidos, daban á su rostro un tinte de dulcísima melancolía. Su voz era blanda, su mirar amable, y una casi imperceptible

sonrisa que solía escapársele al dirigir la palabra, ó despertaba el amor, ó excitaba la ternura. Rayaba al parecer en los veintidos años, y el aseo y sencillez de su traje guardaba perfecta armonía con la elegancia de su persona.

—¿Ha venido mi amigo D. Dionisio? Preguntó D. Rodrigo. —No, señor, respondió la ama de llaves, y á fe que lo hemos aguardado con impaciencia.—Con impaciencia por parte de vd., dijo la doncella, no por la mía.—Niña, niña, repuso el anciano, ¿cuándo me darás gusto en lo que quiero? No estás en el caso de elegir (que eso me toca á mi) sino de obedecer. Es necesario que varíes de modo, y no me obligues á usar de mi autoridad.

Estando en esto, se oyeron fuertes aldabadas á la puerta.—El es, exclamó D. Rodrigo: cierto que no se apresura mucho para un asunto de esta clase... ; Mozo! abre al momento la puerta y dí al Sr. D. Dionisio que suba.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras estregando las manos una con otra en señal de inquietud, cuando oyó en la escalera los pasos de uno que al parecer calzaba espuelas. Llamóle esto la atención, y más cuando también percibió que la persona que subía arrastraba un sable de vaina de acero. Sobresaltóse de pronto, y aún no podía imaginar siquiera lo que aquello sería, cuando se le puso delante un dragón

que sin más ceremonia le plantó en las manos un papel. Tomólo D. Rodrigo, púsose los anteojos y no sin extrañeza vió que decía lo siguiente.—“Dará vd. alojamiento “en su casa al capitán de caballería D. Juan “de Escobar.”—Iba á hacer mil preguntas sobre el caso, cuando percibió ruido de caballos en el patio, y conoció que el nuevo huésped y sus asistentes habían tomado posesión de su casa.

Cuánto lo sintió y cuánto se quejó allá á sus solas de los insurgentes, que con motivo de la guerra que sostenían causaban la plaga de los alojamientos, no hay para qué decirlo. Bastará saber al lector que aquel día estaba destinado á ajustar el matrimonio de la señorita Guadalupe, hija de nuestro hidalgo, con D. Dionisio Cascales, de quien hemos hecho mención.

A tamaña novedad se levantó la ama de llaves toda fruncida y remilgada.—Válgame Dios, dijo, en qué tiempos estamos! No había antes quien chistase en esta casa y ahora se ha convertido en cuartel. ¡Y en qué día!. . . Más valiera morirse, que ver tales cosas.

Guadalupe seguía cosiendo, alegre al ver que este acontecimiento imprevisto interrumpía en aquel instante el concierto de sus bodas. Guardaba á D. Dionisio una mortal antipatía. Bien es verdad que ni los modales de éste, ni su aspecto, ni su conversación, eran á propósito para captarse la

benevolencia de una señorita bien educada. Chocarrero más que gracioso, confundía la franqueza con la grosería, y en todo dejaba ver la tela burda de que había sido cortado. La joven sintió un alivio en la corta demora que proporcionaba este incidente. Las personas que se hallan en un estado violento, ó ven muy próximo el mal, suelen mirar la suspensión de él como el mayor de los bienes, pasando repentinamente de lo sumo del abatimiento á una loca alegría.

Ya daba orden D. Rodrigo de prevenir al huésped cuarto, cama y mesa; ya encargaba se le sirviese de tal manera que estuviese confinado á un sólo punto de la casa; ya trazaba el modo de ocultar á su hija de los ojos del anunciado capitán; y ya la ama diligente se aprestaba á cumplir con estas órdenes, y aun á darles mayor extensión, cuando he aquí que sube la escalera y pasa precipitadamente á la sala un joven bastante gallardo. Saludó á la señorita, y sentándose á su lado, la dijo con cierto aire de confianza.—Guadalupe, aquí estoy: vengo á cumplirte la palabra que te he dado. ¿Estás tú en disposición de cumplir la tuya por tu parte?

Fijó la doncella los ojos en él, y al punto que reconoció sus facciones, algo desfiguradas con el bigote que en parte las cubría, se llenó de sobresalto. Ocuparon simultáneamente su corazón dos pasiones al parecer opuestas, el gozo y el temor. Iba

á responder, cuando el padre, que había visto entrar á su huésped desde el extremo opuesto de la casa, llega en aquel momento, y ocupado en saludar al recién venido, cuya insinuante presencia llamó su atención, no hizo alto en la sorpresa que mostraba su hija. Olvidó por un momento su disgusto, mirando delante de sí un realista, sintiendo sólo que anduviese éste vestido "á la francesa," y no con el traje grave y autorizado de que él hacía tanto alarde á despecho de la moda. Un poco más festivo le preguntó.

—¿De qué provincia es vd., paisano? Según el aspecto y el acento, me parece andaluz.

—Soy veracruzano, contestó el joven, para servir á vd.

Esta respuesta desconcertó algún tanto al buen anciano, porque, ya sea por preocupación, ya por hábito, miraba á los americanos con el mayor desafecto. No hay que fiarse en los criollos, decía con frecuencia, porque al fin la cabra al monte tira. Esta era la razón principal que le hacía abreviar el casamiento de su hija: temía á par de muerte, que ésta llegase á enamorarse de un mexicano. Hubiera sido esto para D. Rodrigo el mayor de los males con que pudiera castigarlo el cielo.

Inútil sería entretener al lector con la relación de lo que pasó en esta y otras conversaciones entre D. Rodrigo y el capi-

tán; pero sí será indispensable darle noticia de quién era éste.

Había nacido en Veracruz, donde recibió una educación esmerada. Estudió después en el colegio de San Ildefonso de México latinidad y filosofía, y se nutrió, más que de los estudios, de las ideas de libertad é independencia que tanto séquito tenían entonces en los alumnos de aquel establecimiento. Se dedicó en seguida al comercio, y habiendo hecho un viaje á su patria con un convoy, demoró algunos días en Puebla. Una casualidad le hizo ver á Guadalupe en una Iglesia: la siguió cuando salía, marcó su casa, y valido de diversos artificios, pudo entablar con ella una correspondencia amorosa. Dos almas que se quieren por instinto ó por destino, se buscan después por elección, vencen las dificultades, salvan las distancias, y estrechan sus relaciones. Guadalupe confesó á su amante que lo quería; le hizo presentes las razones que podían impedir su unión; le dió noticia de los proyectos de su padre, y concluyó asegurándole que á pesar de todo era suya y jamás pasaría á poder de otro.

Había un año que D. Juan estaba en México de regreso, sin que hubiese tenido noticia de él: acusábalo unas veces de olvido, otras de tibieza, y muchas lo disculpaba con que estando interceptados los caminos, no le sería fácil venir á cumplir con sus empeños.—No es posible, decía, que

un amor tan vivo, tan tierno, tan desinteresado como el que me mostró Don Juan, sea fingido. Desde que me vió me quiso, y yo no puedo creer que haya pretendido engañarme. ¿Qué provecho sacaría de burlarse de una infeliz, que no le ha hecho mal alguno, y que se halla dispuesta á sacrificarlo todo por él?

Su corazón estaba continuamente lleno de dudas y sobresaltos; y entre tanto su padre urgía para que celebrase su matrimonio con D. Dionisio. Dilataba ella el plazo cuanto la era posible; pero al fin las cosas habían llegado á tal punto, que no era fácil diferirlas más. En esta sazón llegó D. Juan, hecho militar, con ánimo de conseguir por este medio entrada en la casa de su querida. Fué industria suya pedir al regidor encargado de los alojamientos, boleto determinado. Consiguiólo, y se puso en contacto con el objeto de su amor.

II.

Los antiguos patriotas, conocidos con el apodo de "insurgentes," título entonces de oprobio y hoy de gloria, no sólo ocupaban los caminos, sino que formaban gruesas divisiones con que tenían al gobierno español en continua alarma. Todo el país estaba sembrado de partidas de ambos bandos, y apenas se hallará lugar que no hu-

biese sido durante aquella larga lucha teatro de la guerra, ó sitio de alguna ejecución. Todavía se ven en los campos erigidas aquí y allá cruces toscas que dicen al pasajero cómo en aquel sitio fueron privados de la vida uno ó muchos de nuestros primeros libertadores. Sólo la costumbre puede habernos hecho indiferentes á estos objetos que á cada instante se presentan á nuestros ojos.

El pueblo de Coscomatepec, situado á la falda oriental del Pico de Orizaba, estaba entonces ocupado por las tropas independientes al mando del general Bravo, el cual no perdía momento en aprestarse á resistir el ataque que meditaban darle los españoles, de cuyos intentos tenía noticias repetidas por medio de sus adictos y espías.

Una tarde de Junio del mismo año de 813, cuando el sol se ocultaba tras aquella elevadísima montaña, cuya cima, coronada de eternas nieves, despedía en tornos de sí rayos de luz, pasaban lista las tropas independientes en la plaza que tenían cercada de fosos y parapetos. A uno de ellos se presentó un joven vestido al uso del país, ó por mejor decir, "á lo insurgente," acompañado de otros tres que en su porte manifestaban estarle subordinados. Venía con ellos una señorita joven, á quien todos se esmeraban en servir. Pidieron permiso al comandante del puesto para pasar adelante:

dióselos éste, y al punto se presentaron al general, el cual los recibió con la amabilidad que siempre lo ha caracterizado. Fueron alojados con la comodidad que el lugar y las circunstancias proporcionaban. Mucho agradó á todos los presentes el garbo del mancebo; pero más se maravillaban todavía de la gala y apostura de la linda doncella.

Ya el lector habrá sospechado que éstos son D. Juan y Guadalupe. Efectivamente es así. Tuvieron en Puebla lugar de hablarse á solas largamente: se dieron cuenta de sus sucesos; conocieron lo peligroso de su posición y se resolvieron á partir de allí, aventurándolo todo antes que faltar á sus mutuos compromisos. ¿De qué arrojó no es capaz una mujer apasionada? Abandonó Guadalupe su casa, su padre y su patria: se entregó en brazos de su amante, y se expuso á todo género de contratiempos, antes que consentir en un enlace aborrecido. ¡Infeliz! salía de un compromiso para entrar en otros, y su suerte infausta la seguía donde quiera. Es verdad que cometió un gran desacierto en dar á su padre tan grave pesar, y que antes de tomar una resolución tan arriesgada, debía haber tentado otros medios más suaves que dicta la prudencia; pero también lo es que este acto de irreflexión fué sobradamente castigado con lo que veremos después.

Don Juan se portó tan caballero, que

no quiso vivir con su futura esposa en un mismo alojamiento, hasta no haber verificado su enlace. Dió los pasos necesarios al intento, y dentro de pocos días logró verse unido á la persona que más amaba sobre la tierra.

¿Quién no creería que Guadalupe gozaba entonces de las satisfacciones más puras? Había tocado al término de sus deseos, y veía reunidos en D. Juan un esposo complaciente, y un amante rendido. Sin embargo, aunque estaba locamente enamorada, cuando llegó á pronunciar ante el altar el "sí quiero," recibió las arras, y dió su mano en prenda de su fe, se levantó allá en lo más íntimo de su pecho un recuerdo, una triste memoria que empañó el brillo de sus presentes alegrías. Acordóse que su madre cuando estaba para morir, la había dado entre varios consejos este muy importante.—"No causes ningún enojo á tu padre, y procura, ó tomar estado á su gusto, ó permanecer á su lado mientras viva." Viniéronsele de tropel mil imágenes de la niñez, de su casa, de su reducida familia: parecióle ver á su madre que pesosa la reconvenía de su falta: vió como en una confusa perspectiva su futuro estado, y no pudo menos de enternecerse, y dejar rodar por su mejilla una silenciosa lágrima, indicio de su dolor. Sacóla el sacerdote de tan tristes reflexiones advirtiéndola que estaban concluidas las ceremonias sagradas,